



La vida secreta

Tim Keppel

**Traducción: Margarita Valencia
Ilustraciones: Ana María Cadavid**



Diego regresaba a Cali en un Bolivariano. Se había salido corriendo diez años antes a causa de un problema con una muchacha, y ahora volvía a visitar a su madre moribunda. Cuando el bus entró a Cali reconoció el aire tibio, el olor a mangos maduros, las acacias con hojas como plumas, el silbido del vendedor de mazamorra. Los recuerdos liberaron una oleada de sensaciones agradables que fue reemplazada por un bajonazo, cuando salieron a flote los acontecimientos que sacaron su vida de curso.

A los dieciocho Diego era un muchacho inmaduro, hijo único de una madre sobreprotectora y un padre desconocido. Algo torpe y nada atlético, no le había ido bien con los deportes, y luego, cuando su cara fue invadida por el acné, no le fue bien con las mujeres. Fue un estudiante mediocre hasta que descubrió su talento para los idiomas, gracias al cual consiguió trabajo enseñando inglés en su primer año de universidad. Cuando supo que el instituto para el cual trabajaba exigía que dictara clases a domicilio, se entusiasmó con la posibilidad de conocer a una muchacha. Pero sus primeras pupilas no eran nada atractivas, o vivían rodeadas de familiares, o tenían un perro enorme que esperaba la llegada de su pierna para satisfacerse sexualmente.

Tenía dieciocho y aún era virgen, y el sexo empezó a convertirse en una obsesión. Su computador vivía plagado de virus por sus constantes visitas a los sitios web de pornografía. Había visto tantas cosas extrañas y perversas que empezó a pensar que eso era lo usual, incluso lo aceptable. Se masturbaba en los probadores de los grandes almacenes, en los buses, e incluso una vez cuando descubrió un hueco en el oso de peluche de su primita. Todas las mujeres lo excitaban: las obesas de grandes senos, la maestra de inglés con cara de caballo, la niña retrasada que saltaba la cuerda en el barrio con shorts apretados. Arturo, su mejor amigo (en realidad su único amigo), con quien compartía su afición por los videojuegos y el porno, lo molestaba por su falta de experiencia y lo espoleaba constantemente. —¡Dale! —decía Arturo—. Cómete una de tus estudiantes feas, o al menos el perro —y soltaba una carcajada estridente—. Enséñales a decir *Fuck me, fuck me!* Ni se van a dar cuenta.

Por esos días a Diego le asignaron una nueva estudiante, una quinceañera que vivía con su madre, una abogada, en una hermosa casa de dos pisos protegida con una reja alta de hierro forjado. Le abrió la puerta una rubia preciosa que contoneaba las caderas y usaba una especie de pijama que a duras penas la cubría: Diego no estaba seguro de si ella era real o era un personaje de sus fantasías pervertidas.

—Soy Natalia —saludó—. ¿Tú me vas a enseñar inglés?

—Eso espero —contestó Diego.

—Pues yo ya perdí las esperanzas de aprender. Es muy difícil.

Diego se fijó en sus bellos hombros y brazos, en sus ojos despiertos, en su voz animada y sensual. Ella se sentó a su lado en el sofá y empezó a hablar

sin parar, acribillándolo con preguntas que olvidaba apenas acababa de formular. Dijo que quería aprender inglés para poder estudiar en Londres, donde vivía su hermana. Diego estaba concentrado en la semitransparencia de la pijama, excitado por la pelusa dorada de sus brazos, los movimientos de sus dedos largos y finos, el tintineo que se oía cuando iba al baño. Cometía más errores que ella, concentrado como estaba en el olor de su piel y de su pelo. Ella se reía de su patético tartamudeo. El tiempo pasó tan rápido que cuando se despidieron él seguía pasmado.

—Profe —lo llamó con coquetería cuando se alejaba y él se volteó como si lo hubieran jalado de la camisa—, no desistas de mí.

Diego no pudo sacarse a Natalia de la cabeza durante toda la semana. Su imaginación se deleitaba con ella, se regodeaba. Cuando le contó los detalles a Arturo, este se mostró más entusiasmado aún, e insistió en que debía aprovechar la oportunidad. El sábado siguiente, Natalia lo recibió con unos pantalones de lycra y una camiseta ajustada. Su madre se alejaba en un Mercedes y se despidió distraídamente. Natalia no parecía tan animada como la primera vez, y se había preparado con juicio para la lección. Pero Diego la sorprendió varias veces mirándolo con intensidad. Se enrollaba un mechón de pelo alrededor del dedo y le pedía que repitiera. Diego era consciente de la cercanía del aliento tibio y del roce ocasional de su pierna.

Cuando sus ojos se pasearon por sus senos, ella lo miró con interés y le preguntó:

—¿Te gustan?

¿Qué? ¿Había entendido bien? ¿Le había preguntado que si le gustaban? Actuó como si no hubiera oído y trató de explicarle la voz pasiva. Sentía que la timidez lo paralizaba y temía que Natalia se desalentara por su torpeza.

Ella se acercó como si estuviera prestando especial atención a lo que Diego decía y sus senos le rozaron el brazo. De pronto la mano de Diego se extendió hacia ella, como si tuviera voluntad propia.

—¿Qué haces? —preguntó Natalia con voz suave, curiosamente adulta, al tiempo que tomaba la mano y la guiaba. Su boca se abrió ante la suya, y sintió su lengua deslizándose, explorando. Sus prendas de ropa desaparecieron una tras otra y sin saber a qué horas ella estaba debajo de él con las piernas abiertas, retorciéndose y gimiendo, mientras él se desparramaba sobre ella con los pantalones a las rodillas, y acto seguido arrojaba, estático, un chorro quemante y relajante.

—¡Quítese! —gritó de pronto Natalia.

Aturdido, Diego se levantó de un salto.

—¡Salga de aquí ya mismo, violador!

Diego siguió paralizado.

—Espere y verá —amenazó Natalia, y cogió su celular.

Diego se subió los pantalones con torpeza. Agarró los zapatos y el morral, salió corriendo y los tiró sobre la reja. Después empezó a trepar él mismo mientras el perro ladraba con ferocidad y los vecinos curioseaban indignados desde sus ventanas. Llegó al otro lado pero al saltar al piso se torció el tobillo y tuvo que alejarse cojeando y jadeante. Dios mío, pensó.

¿Me acusará de violarla? El pasmo era interrumpido en ocasiones por el dolor en el tobillo. Le chorreaban gotas de sudor por la frente. Tenía la camisa empapada. Recordó rumores sobre lo que pasaba a los violadores en la cárcel. El escándalo destrozaría a su pobre madre. Como si fuera poco, la madre de Natalia era abogada.

Cuando Diego llegó a la casa, su mamá estaba en el estudio hablando por teléfono con la abuela. Oía todo como con sordina y miró a su alrededor —el sofá de guadua, el crucifijo en la pared, el patio lleno de matas— como si lo viera por última vez. Empacó unos libros y algo de ropa y salió hacia la estación, mientras su mamá seguía hablando por teléfono.

Despertó a la mañana siguiente en la terminal de transportes de Bogotá, con un dolor punzante que alternaba entre el tobillo y la cabeza. Lo sorprendía su audacia y lo enfermaba la idea de haber hecho, por primera vez en su vida, algo verdaderamente malo. ¿Le habría contado Natalia a su madre? ¿Lo estaría buscando la policía? A unas cuadras de la terminal encontró un hotelucho en donde no le pidieron identificación. Olía a humedad y a desinfectante, y la alfombra manchada y el ascensor desvencijado parecían haber estado ahí desde hacía siglos. Diego se echó sobre los chichones del colchón y se quedó mirando el techo.

Había llamado a su mamá desde el bus y le había dicho que iba camino de Medellín con un amigo que le había ofrecido un trabajo como obrero. “Pero las clases empiezan dentro de un mes”, dijo ella. “Ya habré vuelto entonces”, replicó. Una parte de él quería llamar a Arturo y contarle todo, confesar. Pero también sabía que no podía confiar en su discreción. El chisme era demasiado jugoso. “Si Arturo llama, dígame que yo lo llamo”.

Al mediodía lo despertó el golpeteo de la lluvia contra la ventana sucia. No conocía a nadie en esta ciudad inmensa de tráfico ruidoso y gente egoísta. Cuando salió a la calle, a la tarde fría y gris, empezó a temblar, y el temblor casi se volvió una convulsión. Se metió a un comedero, no sin antes contar los billetes escasos que le quedaban en la billetera. Después caminó durante varias horas hasta que encontró un restaurante italiano con un letrero de “Se necesita”. Pagaban en efectivo y no hacían preguntas.

Con las manos entre el agua sucia y jabonosa, los pensamientos de Diego oscilaban entre el temor del escándalo y el deseo doloroso de estar de nuevo en el sofá con Natalia, sus labios sobre los suyos, sus dedos aferrados a su espalda. ¿Por qué no se había detenido en ese instante? ¿Por qué había pasado la raya? ¿Para probar su virilidad? ¿A sí mismo? ¿A ella? ¡Pero si era una quinceañera! Todavía no podía creer lo que había sucedido.

Cuando terminó el turno de noche Diego se echó en su cama sin desvestirse. Exhausto y ansioso a la vez, con los nervios de punta, revisó el celular. Dos llamadas perdidas: una de Arturo y otra —tuvo que mirar dos veces— de Natalia. ¿Por qué lo llamaba? ¿Debería devolverle la llamada? ¿Sería una trampa? Pasó la noche dando vueltas, obsesionado con un interrogante: ¿Qué estaba pensando Natalia? ¿Estaba devastada por lo que él había hecho? ¿Había reaccionado por puro pique, quizás a causa del ímpetu de Diego, de su ineptitud? Las imágenes se agolpaban en su cabeza. En un

momento la besaba y al siguiente estaba sobre ella. ¿Cómo había llegado ahí? ¿Ella se había resistido? ¿Gemía de placer o de angustia? ¿Se retorció de pasión o se estaba defendiendo?

Diego pasó todo el día siguiente sufriendo de preocupación y culpa, o soñando que estaba con Natalia. Se imaginó la escena una y otra vez. Había estado tan seguro de que ella se sentía atraída por él, de que le gustaba... ¿Se había engañado? Deseaba hablar con ella más que nada en el mundo. Pero no podía llamarla de su celular: rastrearían la llamada. Debía usar un teléfono público. Y no hablar más de tres minutos, como en las películas de detectives. Eso haría. La llamaría y le diría... ¿qué?

En una esquina, cerca del restaurante, un hombre con una cicatriz en una mejilla vendía minutos. Diego aprovechó un descanso para marcar todos los números excepto uno. ¿Estaba cometiendo un error? Moría por escuchar su voz... Quizás se quedaría callado. Quizás ella entendiera su silencio y supiera que no debía preocuparse, que todo estaba bien. ¿Y si el número del teléfono que iba a usar servía para rastrear la llamada?

Devolvió el aparato y empezó a caminar bajo el cielo desapacible de la ciudad sucia, embadurnada de grafitos y asediada por personajes turbios, hedionda a orina. La soledad le habría resultado insoportable de no ser porque llevaba a Natalia consigo. Sentía su presencia por todas partes. Oía sus pasos, el sonido de su voz. Miraba fijamente a todas las muchachas que pasaban con la esperanza irracional de topársela a ella. O al menos a alguien que se le pareciera.

Había empezado a llover de nuevo, una llovizna helada. Sonaban pitos y sirenas. Diego deseó estar en Cali: el silencio, el calor, la brisa del atardecer, el llamado de las chicharras, el olor dulce del jazmín y de las orquídeas. Eso y Natalia.

Esa noche en el restaurante su jefe lo llamó con tanta insistencia que se dio cuenta de que le hablaba desde hacía un buen rato sin que él lo oyera.

—¡Diego! ¿En qué está pensando?

Pasaron los meses. Era fácil perderse en el barullo constante de las calles de Bogotá, que pasó a formar parte del silencio de los días de Diego. A veces regresaba a su cuarto —que había alquilado a una anciana medio ciega y patiestevada— sin haber cruzado palabra con nadie. Le parecía que así sería siempre. Pero con el tiempo se hizo amigo de un camarero del restaurante que estudiaba en la Universidad Central y que lo invitaba a fiestas. En una de esas fiestas conoció a una auxiliar de odontología de cara redonda, ojitos pequeños y besar tibio que lo acompañaba al cine y a excursiones a Zipaquirá. Por alguna razón le había caído en gracia a la madre (¿qué tal que se enterara de su horrible secreto?), y ella lo invitaba a comer en familia.

Diego tenía la esperanza de desterrar así a Natalia de su mente, pero no funcionaba. Continuaba cayendo en largas ensoñaciones en las que la imaginaba a su lado, seguidas de amargas recriminaciones por ser tan fantasioso, por no entender la atrocidad de su acto, por negarse a admitir que en realidad era un monstruo. ¿Si no sentía remordimiento, cómo podría

recibir la absolución? ¿Y quién debía perdonarlo? Todo estaba en manos de ella. Su destino, toda su vida, estaba en manos de ella. Ella tenía la última palabra. A veces pensaba en volver y abandonarse a su clemencia, permitiéndole que pronunciara un veredicto, para bien o para mal. Estaba cansado de vivir en el limbo.

Con el paso del tiempo Diego se acostumbró a vivir dos vidas: una que todos conocían, impostada y superficial, y una vida interior secreta. En esta otra vida no había cometido ese error espantoso; se había limitado a besar a Natalia, y la había tratado con paciencia, con ternura y respeto, hasta que ella se había enamorado de él. Esta fantasía surgía con frecuencia mientras lavaba platos, o caminaba por la ciudad, o yacía en su cama. En ella, incluso, se las arreglaba para conquistar a la madre; él y Natalia se habían vuelto inseparables y pasaban las horas muertas en la casa de ella, o caminaban tomados de la mano, o se besaban en el parque, desentendidos del mundo que los rodeaba. Todo lo que le parecía relevante o placentero, todo lo que le daba sentido a su vida ocurría en esta vida secreta.

Su amigo lo ayudó a matricularse en la universidad, así que pudo dejar de fingir que estaba en Medellín. Su madre se alegró de oír que había vuelto a estudiar, pero no pudo ocultar su desencanto al enterarse de que ya no viviría cerca de ella. Era su único hijo y no había, nunca habría, un hombre en su vida. Además de Diego, solo tenía a su propia madre, la iglesia y el trabajo voluntario en el hospital. Extrañaba mimar a Diego, oír sobre su vida diaria. Diego extrañaba los mimos, extrañaba el bienestar que sentía en su casa acogedora y limpia.

—Un día me voy a morir y cuando me haya ido, esta casa será tuya.

—No te vas a morir nunca. Fíjate en la abuela.

Después de unas clases ocasionales, Diego había ahorrado suficiente dinero para poder dedicarse exclusivamente a estudiar. Se inscribió en una clase de psicología con el ánimo de entender qué lo había llevado a hacer lo que había hecho, y cómo enfrentarlo. No ayudó. La única manera de apaciguar su culpa era escapar a su vida fantasma, que siguió adelante: se habían instalado en una casa cómoda, y Natalia estaba esperando a su hijo. Él acariciaba su panza hinchada, mientras los dedos de ella exploraban su nuca y sus labios se abrían ante los suyos. Con el tiempo las escenas se iban volviendo cada vez más detalladas, crecían alimentadas por las anteriores.

Un día Diego vio la noticia de un crimen cometido en Cali. En la televisión mostraron al joven acusado, y cuando la cámara enfocó a la jueza, Diego la reconoció de inmediato: la madre de Natalia. Su antigua belleza se adivinaba a pesar de la toga negra, pero lo que sobresalía era su seriedad, su absoluta seriedad, mientras dictaba el veredicto. La imagen se quedó grabada en la mente de Diego.

Cuando llevaba tres años en Bogotá, la abuela murió. Creyó que debía asistir al entierro: sentía remordimiento por haberla dejado olvidada. Pero al llegar a Cali solo pudo pensar en Natalia. La imaginaba emocionada de verlo, compungida por su larga ausencia. La ansiedad no lo abandonó un instante, espoleada por el deseo de pasar por su casa, ver la reja por don-

de había escapado, el Mercedes a la entrada del garaje y Natalia de pie frente a la casa. Pero cuando fue al centro comercial lo acogió el terror de que ella lo viera. Deseó poder verla sin que ella lo viera, y al mismo tiempo pensó en la agonía de verla con otro hombre. ¿Seguiría viviendo en Cali? Quizás vivía en el extranjero, como su hermana.

Unos años después, Diego conoció a una mujer en la universidad, la primera, después de Natalia, que verdaderamente despertaba su pasión. Se sintió culpable de traición y rogó que Natalia lo perdonara. Solía cerrar los ojos e imaginar que en realidad estaba con ella. Victoria, la otra mujer, estaba más que dispuesta a poner en práctica las fantasías sexuales de Diego. Pero había algo en ella que le hizo pensar que no era de buen corazón: le contó a Diego cómo un día, brava con su novio, lo había empujado por las escaleras. Y en lugar de mostrar vergüenza o remordimiento, le brotó una sonrisa como de satisfacción, incluso orgullo. Ese fue el momento decisivo. Diego se quedó a su lado varios meses más, disfrutando del sexo y cuidándose en las escaleras, pero sabía que su relación no duraría.

Se graduó de ingeniero (había perdido el entusiasmo por la enseñanza de las lenguas) y consiguió trabajo como inspector de construcciones. Durante unos meses salió con una mujer plana y de nariz prominente que trabajaba con él, una mujer buena y gentil, muy diferente de la empujadora. Pensó que debía casarse con ella y olvidar el pasado, pero no podía ignorar el hecho de que todo el amor del que era capaz se había quedado atrás en aquel día aciago. Por ese entonces a su madre le diagnosticaron un cáncer uterino. Ella le rogaba por teléfono que volviera a la casa —¿Qué hice para alejarte de mí?— y a él lo destrozaba el dolor en su voz.

Luego ocurrió en Cali el infame crimen de la violación y asesinato de dos jovencitas. Diego se sintió mortificado, como le sucedía cada vez que oía historias de violaciones. Los cuerpos aparecieron en un bosque cercano a la ciudad. Los sospechosos eran soldados, y esa fue una de las razones por las cuales la noticia tuvo tanta resonancia. Uno de ellos era un alférez, y hubo rumores sobre la participación de algunos superiores. También en esta ocasión la jueza era la madre de Natalia.

Cuando mostraron a los acusados por la televisión, Diego estudió sus rostros. ¿Eran hombres normales y corrientes que habían sufrido un desliz momentáneo? ¿Eran monstruos?

El caso se complicó cuando los abogados defensores fueron amenazados de muerte y renunciaron. Hubo que buscar reemplazos. El caso se alargó. Los abogados pidieron la absolución alegando el vencimiento de los términos, pero la madre de Natalia rechazó la moción.

Diego estaba almorzando en un comedero cercano a su oficina cuando oyó la noticia: La jueza Luisa Betancourt había sido asesinada. Se oyó un grito apagado entre los comensales y todos miraron hacia la pantalla. La jueza había sido asesinada por un sicario en motocicleta que la esperó por la mañana a la salida de su casa. Aunque no se había hablado de amenazas, hubo indignación por su desamparo.

Diego se sintió enfermo. ¿Era esto también culpa suya? ¿Había sido la jueza demasiado rigurosa con los acusados a causa de su sesgo personal? Aunque la lógica decía que él no tenía nada que ver, su sentimiento de culpa era abrumador.

Mientras el Bolivariano traqueteaba a la entrada de Cali, dos mujeres revoloteaban por la mente de Diego: su madre, a quien iría a ver de inmediato al hospital, y Natalia, cuya madre había sido asesinada dos días antes. Dondequiera que viviera, seguramente estaría en su casa este fin de semana.

En la terminal, Diego aspiró el olor de las donas fritas, y compró chontaduros y manjar blanco para su madre. Al llegar al hospital, lo impresionó su deterioro físico, y las lágrimas que derramó al verlo exacerbaron su culpa por la larga ausencia. Pasó varias horas hablando con ella, tomado de su mano.

Al salir del hospital, no pudo resistir la tentación de pasar por la casa de Natalia. Se bajó del bus, a una cuadra de distancia, y se acercó caminando. Había muchos carros aparcados en la calle. Podía ver la gente en el antejardín y a través de las ventanas. Había guardias de seguridad por todos lados. Diego se paró al otro lado de la calle y empezó a buscar entre la multitud hasta que vio de espaldas a una mujer rubia de cabello largo. Sintió que la garganta se le cerraba. Dos guardias empezaron a mirarlo con recelo. Se dio cuenta de que tendría que actuar con rapidez si no quería perder la oportunidad para siempre. Se dirigió hacia ellos con decisión y firmeza, y se presentó como Diego Moncayo, un viejo amigo y antiguo maestro de Natalia que quería darle el pésame.

Uno de los guardias miró al otro con gesto de interrogación y empezó a caminar hacia la rubia. El rostro de Diego estaba incendiado y apenas podía respirar. Vio cuando el guardia se inclinó a decirle algo. Ella se volteó —y sí, era Natalia, mayor y más elegante, más bella que nunca— y lo miró. Y con esa mirada se resolvieron diez años de preguntas, de esperanzas, de sueños. No gritó. No exigió a los guardias que lo detuvieran. Su rostro estaba en blanco.

Ahora Diego vive solo en la casa de su madre. Trabaja como ingeniero para la ciudad. Tiene poca vida social. Hace ejercicio a diario, y los fines de semana sube al Cerro de las Tres Cruces. La casa no está tan limpia como solía estarlo cuando su madre vivía. Hasta donde sabe, Natalia vive en Londres. Cuando se dio cuenta de que ella no lo acusaría, ha debido sentir alivio: al fin podría dar por concluido el asunto. Siempre supo que su suerte estaba en manos de ella. Y ahora ya conocía su sentencia: había sido condenado a una vida sin ella. Una vida de frivolidades y tibiezas, de no ser por el hecho de que su otra vida continuó, esa vida en la que Natalia vivía a su lado, con su mano en la de él y sus labios esperando un beso. ■

Tim Keppel (Estados Unidos)

Escritor y docente de la Universidad del Valle, Cali. La editorial Alfaguara publicó su colección de cuentos *Alerta de terremoto*, y su novela *Cuestión de familia*. Ha publicado cuentos, crónicas y reseñas en *El Malpensante*, *Número*, *El Espectador*, *Arcadia*, *Odradek* y *Revista Universidad de Antioquia*, entre otras.